

EL XIV CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFÍA DE VIENA

Ya desde su anuncio era esperado el XIV Congreso Internacional de Filosofía de Viena con gran expectación, porque se le consideraba como la palestra en la que iban a enfrentarse la filosofía occidental democrática y el marxismo, que celebra este año el CL Aniversario del nacimiento de su fundador. Los acontecimientos checoslovacos de agosto último pareció iban a poner al rojo vivo el esperado enfrentamiento.

Las previsiones tenían su fundamento y algo de lo esperado acaeció.

El Congreso se inauguró el 2 de Septiembre en el Salón de la Opera, con asistencia de las primeras Autoridades de la nación austriaca y con una conferencia del Profesor de la Universidad de Heidelberg, Gadamer, que glosó el primado de la razón y la necesidad de una filosofía fruto de la reflexión, aunque quizá más alejada de lo académico y lo profesoral de lo que ha venido siendo tradicionalmente. Estas palabras del Profesor alemán tuvieron eco en las del Presidente de la nación austriaca y en las de su Canciller, Sr. Klaus, que aludieron a la necesidad de que la violencia pasara al último rincón de las situaciones extremas, y la razón y la reflexión rigieran las relaciones humanas.

Pero a las tres de la tarde, hora en la que tuvo lugar el primer coloquio del Congreso sobre "Marx y la Filosofía contemporánea", se habían olvidado ya las recomendaciones hechas por los oradores de la sesión inaugural.

Este primer coloquio, presidido por Hyppolite, Löwith, Oiserman y Schaff, es decir, un francés, un alemán, un ruso y un polaco, inició la quiebra de la defensa del "Humanismo marxista" que los ortodoxos de la doctrina pretendían presentar como solución única a los problemas del mundo contemporáneo. Los promotores de la quiebra fueron los mismos heterodoxos del marxismo, a saber, los exilados rusos, los filósofos checos y los yugoeslavos, con quienes colaboraron estrechamente los alemanes occidentales y los austriacos, quienes, por razones obvias, manifestaban claramente su incre-

dulidad ante la explicación dada por Oiserman del marxismo como único humanismo posible. Las razones expuestas por los contradictores no siempre fueron de orden teórico y precisamente ello dio origen a la interrupción del coloquio, prometiendo sus organizadores reanudar al día siguiente, como previamente estaba anunciado.

Esta segunda sesión fue más tumultuosa y menos teórica que la anterior, y de que así fuera se habían encargado los grupos universitarios socialistas austriacos, que repartieron entre los congresistas, durante la mañana del día 4, hojas de propaganda en las que se aseguraba que no podía enfrentarse teóricamente el problema del marxismo, cuando los tanques rusos patrullaban las calles de Praga. Durante el coloquio fueron, también, los grupos socialistas los que atacaron incesantemente a los oradores comunistas, fundamentalmente al Prof. Schaff, quien apelaba indistintamente al sentido democrático de los asistentes y a la intervención de la policía. Esta segunda sesión de este primer coloquio se interrumpió prometiendo la presidencia de la mesa una tercera que, al parecer por carencia de local apropiado, no tuvo lugar.

A fuer de sincero he de reconocer que los otros coloquios sobre temas estrictamente filosóficos, ya los dedicados a la estructura de las distintas disciplinas, ya los dedicados al estudio de figuras como Brentano, Aristóteles, Kant, etc., no tuvieron, ni mucho menos, la misma concurrencia.

Las sesiones plenarias, por su parte, pusieron de manifiesto lo que considero error fundamental de organización, es decir, la masificación, ciertamente muy difícil de evitar, ya que el número de asistentes era aproximadamente de cuatro mil.

La primera sesión plenaria, que tuvo lugar el martes 3, estuvo dedicada a "Espíritu, Mundo e Historia", en la que actuaron como ponentes Gueroult, Guzzo y Popper; la segunda, dedicada a "Responsabilidad y Decisión", tuvo lugar el miércoles 4 y fueron ponentes Frankena, Ricoeur y Strasser; en la tercera, "Samántica y hermenéutica", actuaron como ponentes Gadamer, García Bacca, Kopnin y Schaff; en la cuarta, "Filosofía e ideología", Mende Mshvenieradse, Somerville y Wetter; de la quinta y última sesión "Filosofía y Ciencia", fueron ponentes Ayer, Ambartsumyan y Gonseth. Pero el número de comunicaciones e intervenciones era tan extenso en cada sesión que, además de no permitir en absoluto discusión alguna, hicieron éstas excesivamente largas y pesadas.

Lo más atractivo e importante del Congreso, que permitió el intercambio de ideas entre los congresistas, fueron las recepciones que la bella ciudad austriaca ofreció a sus miembros. La primera estuvo patrocinada por el Comité Austriaco para el Congreso y por la Sociedad de Filosofía de Viena y tuvo lugar en el bello claustro de la Universidad; la segunda, fue ofrecida por el Alcalde de Viena en los espléndidos salones del Rathaus vienés, y la tercera y última

brindada por el Canciller y el Gobierno Federal de Austria en las versallescas salas del Palacio de Schönbrunn.

Para la semana del 9 al 14 estaban anunciadas una serie de conferencias de los pensadores más representativos de nuestro tiempo, entre ellos Georg Luçacs, Ernst Bloch, Gabriel Marcel, Michele Federico Sciacca, von Rintelen, etc., etc., y en un principio Sartre, aunque ya el último Programa lo había suprimido. Luçacs, Marcel y otros no asistieron y, aunque el que esto escribe no permaneció en Viena en esa segunda semana, las perspectivas no eran muy halagüeñas para la celebración de dichas conferencias.

El que el idioma español no hubiese sido admitido como oficial del Congreso —tampoco lo fue el italiano— y no figurasen entre los ponentes y conferenciantes ningún español residente en España, provocó en nuestra patria una prevención natural contra el Congreso. Ello dio como resultado que el número de asistentes, ya breve en la lista de inscripciones, se viera reducido al mínimo. La Sociedad Iberoamericana de Filosofía puso a disposición de algunos de sus miembros, entre ellos el que suscribe, su generosa colaboración. Sin embargo los centros oficiales, Universidad, C. S. I. C., de cuyo Instituto Luis Vives de Filosofía era correpresentante, etc. negaron su aportación. Ante estos hechos es preciso llamar la atención a las autoridades académicas de la necesidad de preparar científica y económicamente la presencia de nuestros pensadores a estos actos, que, por su carácter y su transcendencia, sirven de baremo para calibrar el desarrollo intelectual de una nación.

JOSE ANTONIO G.-JUNCEDA